

Silvia Dutrénit y Leonardo Valdés (coords.), *El fin de siglo y los partidos políticos en América Latina*, Instituto Mora-UAM-Iztapalapa, México, 1994.

COMO ESTRUCTURAS INTERMEDIAS ENTRE la sociedad y el Estado, los partidos se desenvuelven en consonancia con la debilidad o el fortalecimiento de los sistemas políticos. Expresión de la cultura política, pero también del desarrollo institucional, ciertamente nos encontramos frente a sujetos cardinales en el acontecer político de las sociedades contemporáneas. Pero ¿cuál es el papel de los partidos políticos ante el cambio de siglo? En tiempos de transición, neoliberalismo y globalización, ¿qué lugar ocupan los sistemas partidarios en el desarrollo de las identidades nacionales?

Espacio de reflexión en torno a un tema que ha cobrado singular interés en la sociología y la ciencia política latinoamericanas, este libro nos presenta una radiografía de las principales cuestiones en las que los partidos aparecen como actores centrales.¹ Entre el autoritarismo y la democracia, la intervención estatal y el neoliberalismo, la reforma política, los nuevos liderazgos, la alternancia y la cohabitación, se desarrollan importantes espacios para la práctica política de los partidos. Hoy, entre las líneas de continuidad y los trazos del cambio, tenemos una obra que discute y analiza dónde se ubican las formaciones políticas en América Latina.

Creo, sin embargo, que es justo señalar que en la medida de los diferentes ángulos en que se aborda la problemática, su intensidad, temporalidad y prospectiva, cabría la posibilidad de realizar distintas lecturas de la obra. Una primera correspondería a la propuesta temática, donde a partir de cinco ejes se analizan los rasgos partidarios de varios países. Esta lectura nos permite comprender qué tan cercano o distante resulta el desarrollo político entre los países de la región en los umbrales del siglo XXI. Asimismo, subraya la importancia del análisis comparativo, en cuanto a que los conflictos y experiencias parecen semejantes. Una segunda lectura nos lleva a una visión más compleja. Se trata de conjuntar cada una de las interpretaciones sobre un mismo país para valorar el grado de desarrollo de su sistema de partidos y definir qué lugar ocupa en el contexto nacional. Esta segunda lectura nos permite enriquecer la visión de lo que Mainwaring y Scully han llamado sistemas de partidos consolidados, sistemas en transición y sistemas incipientes.²

Aún más, las diferentes interpretaciones de los autores implican ya una rica y sustancial discusión analítica, la cual nos induce a reflexionar sobre el uso y desu-

¹ Son contados los libros que abordan esta cuestión, entre los cuales debemos anotar, particularmente por abrir el debate, el de Marcelo Cavarozzi y Manuel Antonio Garretón, *Muerte y resurrección. Los partidos políticos en el autoritarismo y las transiciones del Cono Sur*, FLACSO, Santiago de Chile, 1989. Asimismo, Manuel Antonio Garretón ha coordinado dos libros, *Los partidos políticos en el inicio de los noventa. Seis casos latinoamericanos*, FLACSO, Santiago de Chile, 1992; y *Los partidos y la transformación política de América Latina*, FLACSO, Santiago de Chile, 1993.

² Scott Mainwaring y Timothy R. Scully (comps.), *Building democratic institutions. Party systems in Latin America*, Stanford University Press, Stanford, California, 1995.

so de nuestras herramientas teórico metodológicas para ordenar el laberinto.³ Es la virtud del libro al provocar, desde distintos ángulos y enfoques, diversas enseñanzas que son a fin de cuentas complementarias. En consecuencia, esas variantes permiten captar ciertos referentes generales y sobre todo comparativos, los cuales le dan posteriormente sentido a cada uno de los análisis específicos.

El libro contiene cinco grandes apartados, aunque únicamente cuatro de ellos se inician con una aportación de carácter general. En ese sentido, resultan ser los trabajos de Manuel Alcántara, Gonzalo Varela, Carlos Vilas y Jean-François Prud'homme los que nos presentan la dimensión global de la obra a través de sus análisis comparados. Nos introducen en las distintas temáticas a través de un marco teórico para abordarlas y al plantearnos ciertas hipótesis generales que nos van a conducir a lo largo del debate.

El trabajo de Alcántara sobre el papel de los partidos en la transición tiene valor metodológico, ya que nos expone de manera muy sucinta las variables teóricas sustantivas que debe contener un análisis sobre los partidos. Tanto sus funciones genéricas (la representación y agregación de intereses, selección de élites, movilización social, etc.) como la importancia de los criterios taxonómicos para contar a los partidos. También nos expone los cuatro elementos que debe contemplar el modelo para el análisis de las transiciones. Se refiere al legado del régimen político anterior, la justificación de la crisis que condujo a la quiebra del antiguo régimen, la estrategia del cambio y a las características del nuevo régimen que permite reglas aceptadas por todos. En este esquema interpretativo destacan la forma en que intervienen algunos elementos constitutivos de los sistemas políticos, como la cultura política, las formas de dominación, el papel del Estado, la participación política y la forma de gobierno.

En el abordaje de la relación entre el intervencionismo estatal y el liberalismo, dos estrategias con vieja presencia en el ámbito latinoamericano, Varela nos presenta la ambigüedad y las dificultades que enfrentan los partidos en los tiempos del ajuste estructural, particularmente a partir de lo impopulares que resultan las recientes políticas y por los compromisos que los partidos se ven obligados a asumir. En un orden económico internacionalizado, tendente a la globalización, la crítica recayó sobre el papel del Estado y dio empuje a una nueva ola de liberalismo. Sin embargo, el autor sostiene que ante la transformación económica en tiempos de democracia, estas medidas habrán de enfrentar tarde o temprano el repudio de los electores.

Carlos Vilas, en su ensayo sobre los caudillos de la postmodernidad, nos plantea la crisis de los liderazgos tradicionales y la presencia de otros nuevos, ante la tensión entre la democratización de los regímenes políticos y las estrategias económicas que marginan a importantes sectores de la población. Vilas nos propone, para el análisis de los liderazgos, contemplar algunas características recientes de las democracias latinoamericanas. El desfase entre el carácter amplio de los movimientos sociales y el carácter restringido de los regímenes democráticos, lo cual

³ Ronald H. McDonald y J. Mark Ruhl, *Party Politics and Elections in Latin America*, Westview Press, Boulder, San Francisco y Londres, 1989.

complica y tensiona el principio de la representación. El desfase entre los viejos y nuevos actores, donde estos últimos favorecen la “política de la antipolítica”. Las condiciones de pobreza que impulsan liderazgos de nuevo tipo, al margen de los usos convencionales, en donde lo que menos importa son los antecedentes y el programa del dirigente. Tampoco su cumplimiento. Liderazgos que surgen al margen de las instituciones y los partidos y que ponen de relieve su preeminencia. Sin duda pone el dedo en la llaga al cuestionar el sentido de la democracia que toma decisiones en función de los menos y en perjuicio de los más, pero que tiene como base una legitimidad popular que promueve a los nuevos liderazgos que aparentan no estar “comprometidos con el sistema que los mandó al fondo del barril”.

Prud'homme analiza las dimensiones de la gestión y cooperación entre gobernantes de distintos partidos en un mismo territorio. Más allá de la cohabitación, nos plantea cómo las diferentes fuerzas se ven en la necesidad de convivir y atenuar el conflicto político, con tal de alcanzar los objetivos mínimos de gestión pública. Observa las distintas formas de relación entre oposición y gobierno en las democracias, las cuales se apoyan en el principio de cooperación entre adversarios. El autor nos propone avanzar en el análisis de tres tipos de manifestaciones que hoy resultan evidentes en América Latina. En primer lugar, la cohabitación; después, la convivencia de fuerzas distintas en el poder; por último, las relaciones entre niveles de gobierno encabezados por distintos partidos.

Son tres los países que ocupan gran parte del volumen: Uruguay, México y Brasil. Tres grupos de reflexiones que atraviesan el grueso de la obra, donde cada conjunto comprende varios artículos que resultan complementarios entre sí. Sin duda, cualquier artículo invita a leer otro más, con lo cual se puede adquirir una visión suficientemente amplia de la problemática político-partidaria de cada uno de estos países. Lamentablemente, los análisis de otras naciones latinoamericanas resultaron únicos, a pesar de que se inserten perfectamente en las diferentes temáticas del libro.⁴

Por lo mismo, me interesa profundizar en la perspectiva distintiva y comparativa de Uruguay, México y Brasil. Para el caso que nos ocupa, los partidos y los sistemas de partidos, nuestra intención es comparar y distinguir entre un sistema de partidos fuerte (Uruguay), uno débil (México) y uno apenas en formación (Brasil). De un país que pasó por la dictadura y ahora consolida la vuelta a la democracia, de otro que apenas transita a la democracia y de uno más que también regresó a la democracia, pero cuyas instituciones son muy débiles. Un país donde la centralidad de los partidos convierte al sistema partidario en el punto neurálgico del sistema político y otros dos en el que el sistema de partidos ha estado relegado por el presidencialismo. Sociedades con partidos de amplia tradición competitiva, de partido casi único, y partidos que aparecen y desaparecen en el escenario político. Tres sociedades con desarrollos institucionales distintos, pero que pueden ser comparadas a través de la variable sistema de partidos.

⁴ Para resarcir este problema los lectores pueden ver la *Revista Mexicana de Sociología*, IISUNAM, año LII/núm. 4, octubre-diciembre de 1990, la cual está dedicada a los procesos electorales en América Latina.

En la primera parte de la obra aparecen dos trabajos sobre el Uruguay, uno de Gerardo Caetano y otro de Silvia Dutrénit. El primero de ellos es una profunda reflexión politológica sobre la relación que ha tenido la partidocracia uruguaya con las organizaciones sociales; sobre el derrumbe y el retorno de la centralidad partidaria, así como de la legitimidad de los partidos en su papel de actores centrales del sistema político. Se plantean hacia el futuro los desafíos de la reestructuración política en la lógica de una renovación en el Estado, en los partidos y en los actores sociales, todo ello en el contexto que significa tener como referente fundamental a la cuestión de la democracia en América Latina. Sin duda, las interrogantes que nos presenta son asignaturas pendientes que tendrán que afrontar todos los actores políticos de la región.

Silvia Dutrénit, partiendo de las premisas que distinguen al golpe de Estado en Uruguay, interpreta el papel de los partidos y sus posiciones durante los distintos momentos de la dictadura. Nos propone, mediante un análisis pormenorizado, que las posturas partidarias ante el golpe nunca fueron homogéneas, sino que abrieron fisuras en las fuerzas al adaptar posiciones internas contradictorias. Finalmente nos presenta cómo los partidos tuvieron un significativo papel para el reencuentro democrático y el retorno a la centralidad partidaria.

Otro trabajo que se inserta en la misma dirección es el de Javier Bonilla, con la intención de reflexionar sobre las contradicciones que obligan a pensar en una reforma política en Uruguay. Partiendo de las mismas hipótesis que los autores anteriores, hace un largo recuento de la construcción histórica de las identidades políticas uruguayas y de los desafíos del sistema partidario. Llega finalmente a cuestionar si tanta centralidad del sistema partidario hace carecer de fusibles de seguridad al conjunto del sistema político. De ahí la necesidad de la reforma, reforma en concreto, argumenta el autor, de los partidos políticos.

Cabe destacar en el caso uruguayo la preeminencia o centralidad de los partidos políticos como una característica emblemática del sistema político. En ello parece importante señalar que desde la construcción de su identidad nacional en el siglo pasado, aparecieron claramente definidas dos identidades partidarias resultantes del *cleavage* centro-periferia, las cuales fueron capaces de articular la vida política, social y cultural.⁵ La posterior configuración del partido Nacional (Blanco) y el partido Colorado, así como su larga y destacada presencia en el escenario nacional, dan cuenta de su capacidad ordenadora de las contradicciones de la sociedad uruguaya. Pero estos dos partidos, como partidos de notables, entraron en crisis en el último tercio del siglo XX.

El sistema de partidos, en torno a los dos partidos tradicionales, se volvió incapaz de procesar a la sociedad uruguaya. De ahí también el golpe de Estado. Empero, de acuerdo con los autores, la dictadura no encontró otra salida más que la de retornar a la civilidad colocando nuevamente en el centro al sistema partidario. Para ello el sistema tuvo que ampliarse definitivamente, incorporar a la izquierda

⁵ Seymour M. Lipset y Stein Rokkan, "Cleavage Structures, Party Systems and Voter Alignments: an Introduction", en *Party Systems and Voter Alignments: Cross-National Perspectives*, Free Press, Nueva York, 1967.

para darle una configuración distinta y renovada al sistema de partidos. Dejó de ser un modelo de dos partidos al insertarse el Frente Amplio en igualdad de condiciones, con lo cual, hoy en día, la institucionalidad uruguaya descansa en una mayor pluralidad política y en una más extensa polarización ideológica.

En cuanto al caso mexicano, encontramos a lo largo del libro cinco artículos que nos ofrecen una perspectiva muy clara de los espacios en que participan los partidos. Es un conjunto donde los ensayos resultan complementarios, al presentarnos diferentes dimensiones de la problemática en la que los partidos se muestran como actores relevantes. Están contruidos de manera distinta, ya que nos remiten a diferentes discusiones en donde las particularidades de la temática obligaron a unos autores a recurrir más al expediente histórico, y a otros a reflexionar las experiencias de un periodo más inmediato. Tal vez algunos pecan de descriptivos, pero resultan muy útiles para quienes no están inmersos en esa historia partidaria y electoral de México.

El trabajo de José Woldenberg, al explicar la lentitud de la transición a partir de la mezcla de elementos democráticos y autoritarios del sistema político, reconstruye la estructura institucional fuerte y la debilidad de los partidos en el periodo transicional. Ciertamente evita la discusión sobre el sistema de partidos, señalando tan sólo que como no es auténtico, es imposible hablar de él. Sin embargo, considero que la virtud del ensayo es la presentación sistemática de las limitaciones estructurales para el desenvolvimiento del sistema partidario, tales como la inequidad entre los partidos y su desigual inserción en el contexto nacional.

Ricardo Espinoza, al examinar al PRI y la reforma del Estado, nos presenta un largo recuento histórico de la construcción del Estado revolucionario mexicano, de las bases de la modernización en el país y de la inserción ideológica del partido oficial. Aborda el fracaso del proyecto nacionalista y la crisis e ineficiencia del Estado obeso; destaca la propuesta de liberalismo social como el eje de la modernización y fundamentación de la reforma del Estado. Finalmente, junto al futuro del Estado se cuestiona el futuro del PRI en tanto partido de Estado. Según Espinoza, si el PRI es capaz de renovarse en sus métodos, se revelaría "como pieza necesaria para preparar y educar a la sociedad frente a los nuevos retos, pero también para convertirse en palanca de lanzamiento de programas novedosos de políticas públicas". En realidad, antes que valorar las potencialidades del partido oficial en su papel modernizador, lo que resulta cuestionable es considerar al liberalismo social como un programa para el siglo XXI, cuando éste resultaría ser tan sólo un proyecto sexenal.

Leonardo Valdés desarrolla un trabajo sobre la construcción de la fórmula electoral en México vinculada a los resultados que ha propiciado la misma. Para presentarla analiza las propuestas oficiales y partidarias de 1963 a 1989, destacando el paso del gobierno-PRI como emisor único de las iniciativas a interlocutor fundamental de las mismas. En el ensayo se realzan los aspectos clave de las reformas, de entre las cuales resulta relevante la de 1986, cuando se estableció un sistema que tendía a empatar la proporción de votos con la proporción de curu-

les.⁶ En ese momento, de manera significativa, las propuestas de los principales partidos coincidieron. Esa idea, sin embargo, se abandonó posteriormente bajo la negociación PRI-PAN con la cual se profundizó el mecanismo conocido como candado de gobernabilidad.

Los otros dos trabajos abordan cuestiones que han sido muy poco manejadas en el ambiente académico mexicano. Jacqueline Peschard nos presenta un análisis respecto de los liderazgos en torno a las figuras de Carlos Salinas y Cuauhtémoc Cárdenas. Los compara y los distingue bajo la óptica de un instrumental analítico que debiera servirnos para observar otros liderazgos. Una interrogante de gran actualidad resulta cuando se plantea hasta qué punto estos nuevos liderazgos y su capacidad de convocatoria han sido usados para fortalecer a sus organizaciones políticas, con el fin de construir una nueva institucionalidad. Llega a la conclusión de que estos nuevos liderazgos personalizados que surgieron en el contexto de cambio de la controvertida elección de 1988, si bien se concibieron como promotores de la modernización del país, el de Salinas en la economía y el de Cárdenas en la política, lo hicieron a costa del fortalecimiento de sus partidos y entraron en contradicción al haber desarrollado sus propios y hasta diferenciados intereses.

Tonatiuh Guillén realiza un balance panorámico sobre los alcances y las limitaciones que se detectan en una experiencia regional de transición democrática, derivada de la alternancia política en Baja California y Chihuahua. Cómo asumir la herencia institucional que tiene un perfil autoritario y cómo desarrollar mecanismos de producción de políticas y decisiones públicas concretas en ejes de decisión centralizados y jerarquizados. Las anteriores son interrogantes que trascienden las problemáticas locales o regionales y que exigen una definición de los actores que de una manera u otra se encuentran comprometidos con el cambio.

Todos los elementos vertidos en estos cinco ensayos nos presentan con cierta intensidad los aspectos que rodean al sistema partidario mexicano. Un rígido marco institucional, en donde el presidencialismo juega el papel central del sistema político, el cual aparece como promotor aunque a veces como contenedor de la transición política. Reglas político-electorales que si bien tienden a la legitimidad democrática, mantienen mecanismos asimétricos en la participación y recios dispositivos de gobernabilidad. Una cultura política que tiende a privilegiar el individualismo antes que las expresiones colectivas. En todo este entramado, las fuerzas políticas ciertamente han aumentado su presencia política nacional, la competitividad electoral así lo demuestra, pero se encuentran inmersas en un proceso contradictorio de transición hacia la democracia, el que de alcanzarse favorecería al sistema de partidos.

Brasil, después de su larga dictadura, ha tenido que empeñar enormes esfuerzos en un rediseño institucional. A partir de un cambio constitucional donde se mantuvo el sistema presidencialista, pero algunas atribuciones se desplazaron al

⁶ En 1986, al modificarse la Constitución (art. 54) y promulgarse el Código Federal Electoral (art. 208), se estableció que "Si ningún partido obtiene el 51% de la votación nacional efectiva y ninguno alcanza, con sus constancias de mayoría relativa, la mitad más uno de los miembros de la Cámara, al partido con más constancias de mayoría le serán asignados diputados de representación proporcional, hasta alcanzar la mayoría absoluta de la Cámara".

poder legislativo, hasta la implantación de mecanismos de democracia directa, como el plebiscito, el referéndum y la iniciativa popular. De acuerdo con Ruy Mauro Marini, la imponente movilización de masas contra la dictadura terminó por introducir en Brasil elementos claramente democráticos, los cuales rebasaron los límites liberales de la democracia formal.

María D'Alva G. Kinzo nos presenta una evaluación de los partidos en Brasil, país en el cual el mayor desafío es lograr la consolidación de las instituciones democráticas. De acuerdo con la autora, el rasgo más notable de los partidos es su mutabilidad, una inestabilidad partidaria que permite una migración constante de parlamentarios de un partido a otro. Una fragilidad de los partidos que se demuestra por la debilidad de los vínculos no sólo entre los representantes populares y sus propios partidos, sino también entre los partidos y la sociedad. De ahí la importancia de evaluar el desarrollo partidario a partir de la estructura institucional.

Es por tanto relevante el sistema electoral que elige por mayoría al presidente y por representación proporcional a los diputados. En ese sentido, la elección presidencial lleva una fuerte dosis de individualismo y personalización de la disputa, la cual se desvincula de un sistema partidario ciertamente débil. Por otra parte, como la elección de diputados se da a través de una legislación partidaria demasiado permisiva, los electores son bombardeados por la propaganda de cientos de contendientes. Lo anterior pone a la orden del día la necesidad de una reforma política, donde se discute la permanencia del presidencialismo, el cambio de sistema electoral y la ley orgánica de los partidos.

Víctor Manuel Durand nos presenta un análisis de la cultura política que permitió tanto el ascenso como la caída del Collor de Mello. Esto fue sólo posible a través de un liderazgo surgido al margen de los partidos, ajeno al sistema político y a la utilización de los medios masivos de comunicación. Una forma de hacer política que privilegia a las personas por encima de las instituciones. Estos nuevos líderes, antes que portadores de un nuevo mundo, son en realidad traficantes de las esperanzas. Durand explica la figura de Collor de Mello a partir de un sistema democrático en proceso de construcción, en donde no existen instituciones sólidas, lo cual permitió impulsar a un *outsider*, antes que a cualquier político surgido en el interior de los partidos o las instituciones políticas.

Hoy en Uruguay, en México y en Brasil, como en la mayoría de los países de América Latina, se plantea la transición del sistema de partidos. Desde diferentes perspectivas, particularmente a partir de desarrollos institucionales distintos, todas las naciones de la región se encuentran en un proceso de transformación de sus partidos y sus sistemas de partido. El proceso de consolidación de la democracia parece estar acompañado, indisolublemente, por estas variables.⁷

Finalmente, quisiera destacar la importancia de este nuevo acercamiento intelectual que nos permite reflexionar y discutir desde distintas ópticas el fenómeno de las formaciones político-partidarias en América Latina. El libro ofrece en sí mismo una valiosa información. Pero también razones que explican las vicisitudes

⁷ Esta idea también permea el libro coordinado por Lorenzo Meyer y José Luis Reyna, *Los sistemas políticos en América Latina, Siglo XXI-Universidad de las Naciones Unidas, México, 1989.*

del cambio. Una visión de conjunto para la región sobre esta problemática únicamente tiene perspectiva a través de un esfuerzo colectivo. Es también una cuestión que ha trascendido nuestras fronteras y que despierta el interés en varias latitudes. Por tanto, se inscribe en una tendencia a analizar valores, prácticas e instituciones que resultan comunes para nuestros países, pero también extraordinariamente importantes para su devenir histórico.

Juan Reyes del Campillo